

1521639

PQ8179

.I8

M37

— ES PROPIEDAD DE LA —
CASA EDITORIAL MAUCCI


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE LIANIL
FONDO
LITERATURA

Compuesto en máquina "Typograph"

R E 03/09/10

1

Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio de***, establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la República por aquel tiempo.

En la noche víspera de mi viaje, después de la velada, entró en mi cuarto una de mis hermanas, y sin decirme ni una sola palabra cariñosa, porque los sollozos la embargaban la voz, cortó de mi cabeza unos cabellos: cuando salió habían rodado por mi cuello algunas lágrimas suyas.

Me dormí llorando y experimenté como un vago presentimiento de muchos pesares que debía sufrir después. Esos cabellos quitados de una cabeza infantil; esa precaución del amor contra la muerte delante de tanta vida, hicieron que durante mi sueño vagase mi alma por todos aquellos sitios donde yo había pasado, sin comprenderlo, las horas más felices de mi existencia.

A la mañana siguiente, mi padre desató de mi cabeza, humedecida por tantas lágrimas, los brazos de mi madre. Mis hermanas, al decirme sus adioses, las enjugaron con besos. María esperó humildemente su turno, y balbuciendo su despedida, juntó su mejilla sonrosada a la mía, helada por la primera sensación de dolor.

Pocos momentos después seguía yo a mi padre, que ocultaba el rostro a mis miradas. Las pisadas de nuestros caballos en el sendero guijarroso ahogaban mis últimos sollozos. El rumor de Zaba-

setas, cuyas vegas quedaban a nuestra derecha, se aminoraba por instantes. Dábamos ya la vuelta a una de las colinas de la vereda, en las que solían divisarse desde la casa viajeros deseados; volví la vista hacia ellos buscando uno de tantos seres queridos; María estaba bajo las enredaderas que adornaban las ventanas del aposento de mi madre.

II

Pasados seis años, los últimos días de un lujoso agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazón rebotaba de amor patrio. Era ya la última jornada de mi viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido; hacia el Oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina, esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el Sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas que abandonaban sus sesteadores para internarse en las lagunas o en sendas abovedadas por florecidos pisamos e higuerones frondosos. Mis ojos se habían fijado con avidez en aquellos sitios medio ocultos al viajero por las copas de añosos guadales; en aquellos cortijos donde había dejado gentes virtuosas y amigas. En tales momentos no habrían conmovido mi corazón las más sentidas arias del piano de U***. ¡Si los perfumes que aspiraba eran tan gratos comparados con el de los vestidos lujosos de ella! ¡Si el canto de aquellas aves sin nombre tenía armonías tan dulces a mi corazón!

Estaba mudo ante tanta belleza, cuyo recuerdo había creído conservar en mi memoria. Por-

que alguna de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenían de ella pálidas tintas. Cuando un salón de baile, inundado de luz, lleno de melodías voluptuosas, de aromas mil mezclados de susurros de tantos ropajes de mujeres seductoras, encontramos aquella con quienes hemos soñado a los dieciocho años, y una mirada fugitiva suya quema nuestra frente, y su voz hace enmudecer por un instante toda otra voz para nosotros, y sus flores dejan tras sí esencias desconocidas, entonces caemos en una postración celestial: nuestra voz es impotente, nuestros oídos no escuchan ya la suya, nuestras miradas no pueden seguirla.

Pero cuando refrescada la mente, vuelve ella a la memoria horas después, nuestros labios murmuran en cantares su alabanza, y esa mujer es un acento, es su mirada, es el ruido de los pasos sobre las alfombras, lo que remeda aquel canto que el vulgo creará ideal. Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas, es necesario que vuelvan al alma empalidecidas por la memoria infiel. Antes de ponerse el sol, ya había yo visto blanquear sobre la falda de la montaña la casa de mis padres. Al acercarme a ella, contaba con una mirada ansiosa los grupos de los sauces y naranjos, al través de los cuales vi cruzar poco después las luces que se repartían en las habitaciones. Respiraba, al fin, aquel olor nunca olvidado del huerto que se vió formar. Las herraduras de mi caballo chispearon sobre el empedrado del patio. Oí un grito indefinible; era la voz de mi madre: al estrecharme ella en los brazos y acercarme a su pecho, una sombra me cubrió los ojos: era el supremo placer que conmovía a una naturaleza virgen.

Quando traté de reconocer en las mujeres que veía a las hermanas que había dejado niñas, María estaba en pie junto a mí, y velaban sus ojos anchos párpados orlados de grandes pestañas. Su

rostro, que se cubrió de más notable rubor cuando al rodar un brazo de sus hombros rozó con su talle; y sus ojos estaban humedecidos aún, al sonreír a mi expresión afectuosa, como los de un niño, cuyo llanto ha acallado una caricia materna.

III

A las ocho fuimos al comedor, el cual estaba pintorescamente situado en la parte oriental de la casa. Desde él se veían las crestas de las montañas sobre el fondo estrellado del cielo. Las auras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas para jugar con los rosales que nos rodeaban. El viento voluble dejaba oír por instantes el rumor del río. Aquella naturaleza parecía ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir a un huésped amigo.

Mi padre, encanecido durante mi ausencia, me dirigía miradas de satisfacción y sonreía con aquel su modo malicioso y dulce a un mismo tiempo, que no he visto nunca entre otros labios. Mi madre hablaba poco; en esos momentos era más feliz que todos los que la rodeaban. Mis hermanas se empeñaban en hacerme probar sus colaciones y cremas y se sonrojaba aquella a quien yo dirigía una mirada examinadora. María me ocultaba sus ojos tenazmente; pero pude admirar en ellos la brillantez y hermosura de las mujeres de su raza, en dos o tres veces que a su pesar se encontraron de lleno con los míos; sus labios rojos, húmedos y graciosamente imperativos, me mostraron sólo un instante el arco simétrico de su linda dentadura. Llevaba, como mis hermanas, la abundante cabellera castaño oscura arreglada en dos trenzas, sobre el nacimiento de una de las cuales se veía un clavel encarnado. Vestía un traje de muselina ligera, casi azul, del cual sólo se descubría parte del corpiño y de la falda, pues un

pañolón de algodón fino, color de púrpura le ocultaba el seno hasta la base de su garganta de blancura mate. Al volver las trenzas a la espalda, de donde rodaban al inclinarse ella a servir, admiré el envés de sus brazos deliciosamente torneados, y sus manos cuidadas como las de una reina.

Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles: uno de ellos rezó el «Padrenuestro», y sus amos completamos la oración. La conversación se hizo entonces confidencial entre mis padres y yo. María tomó en los brazos el niño que dormía en su regazo, y mis hermanas la siguieron a los aposentos; ellos la amaban mucho y se disputaban su dulce afecto.

Ya en el salón, mi padre, para retirarse, les besó la frente a sus hijas y quiso mi madre que yo viera el cuarto que se me había destinado.

Mis hermanas y María, menos tímidas ya, querían observar que efecto me causaba el esmero con que estaba adornado. El cuarto quedaba en el extremo del corredor del frente de la casa: su única ventana tenía por la parte de adentro la altura de una mesa cómoda; en aquel momento estaban todas abiertas sus naves y rejas, entraban por ella floridas ramas de rosales a acabar de engalanar la mesa, donde un hermoso florero de porcelana azul contenía trabajosamente en su copa azucenas y lirios y claveles y campanillas moradas de río. Las cortinas del lecho eran de gasa blanca atadas a las columnas con cintas anchas color rosa; y cerca de la cabecera, por una fineza materna, estaba la pequeña Dolorosa que me había servido para mis altares cuando era niño. Algunos mapas, asientos cómodos y un hermoso juego de baño completaban el ajuar.

—¡Qué bellas flores!—exclamé al ver todas las que del jardín y del florero cubrían la mesa.

—María recordaba cuánto te agradaban—observó mi madre.

Volví los ojos para darle las gracias, y vi los suyos como que se esforzaban en soportar aquella vez mi mirada.

—María—dije,—va a guardármelas, porque son nocivas en la pieza donde se duerme.

—¿Es verdad?—respondió,—pues las repondré mañana.

¡Qué dulce era su acento!

—¿Tantas así hay?

—Muchísimas; se repondrán todos los días.

Después que mi madre me abrazó, Emma me tendió la mano, y María, abandonándome por un instante la suya, sonrió como en la infancia me sonreía: esa sonrisa hoyuelada era la niña de mis amores infantiles sorprendida en el rostro de una virgen de Rafael.

IV

Jorní tranquilo, como cuando me adormecía en la niñez uno de los maravillosos cuentos del esclavo Pedro. Soñé que María entraba a renovar las flores de mi mesa, y que al salir habla rozado las cortinas de mi lecho con su falda de muselina vaporosa salpicada de florecillas azules. Cuando desperté, las aves cantaban revoloteando en los follajes de los naranjos y pomarosos, y los azahares llenaron mi estancia con su aroma tan luego como abrí la puerta. La voz de María llegó entonces a mis oídos dulce y pura: era su voz de niña; pero más grave y lista ya para prestarse a las modulaciones de la ternura y la pasión. ¡Ay! Cuántas veces en mis sueños un eco de ese mismo acento ha llegado después a mi alma, y mis ojos han buscado en vano aquel huerto, donde la vi tan bella en aquella mañana de agosto. La niña cuyas inocentes caricias habían sido todas para mí, no sería ya la compañera de mis juegos; pero en todas las tardes doradas de verano estaría en los paseos a mi lado, en medio del grupo de mis hermanas; la ayudaría yo a cultivar sus flores predilectas; en las veladas oiría

su voz, me mirarían sus ojos, nos separaría un solo paso.

Luego que me hube arreglado ligeramente los vestidos, abrí la ventana y divisé a María en una de las calles del jardín, acompañada de Emma; llevaba un traje más obscuro que el de la víspera, y su pañolón color de púrpura, enlazado a la cintura, le caía en forma de banda sobre la falda; larga cabellera, dividida en dos crenchas, le ocultaba a medias parte de la espalda y el pecho; ella y mi hermana tenían descalzos los pies. Llevaba una vasija de porcelana poco más blanca que los brazos que la sostenían, la que iba llenando de rosas abiertas durante la noche, desechando por marchitas las menos húmedas y lozanas. Ella, riendo con su compañera, hundía sus mejillas, más frescas que las rosas, en el tazón rebosante. Descubríome Emma; María lo notó y, sin volverse hacia mí, cayó de rodillas para ocultarme sus pies; desatóse del tallo el pañolón, cubriéndose con él los hombros; fingía jugar con las flores. Las hijas núbiles de los patriarcas no fueron más hermosas en las alboradas en que recogían flores para sus altares. Pasado el almuerzo, me llamó mi madre a su costurero. Emma y María estaban bordando cerca de ella. Volvió ésta a sonrojarse cuando me presenté; recordaba, sin duda, la sorpresa que involuntariamente la había yo dado en la mañana. Mi madre quería verme y oirme sin cesar.

Emma, más insinuante ya, me preguntaba mil cosas de Bogotá; me exigía que le describiera bailes espléndidos, vestidos de señora que estuvieran en uso, las más bellas mujeres que figuraban en la alta sociedad.

Oían sin dejar sus labores. María me miraba algunas veces al descuido, o hacía por lo bajo observaciones a su compañera de asiento; y al ponerse en pie para acercarse a mi madre a consultar algo sobre el bordado, pude ver sus pies primorosamente calzados; su paso ligero y digno revelaba todo el orgullo, no abatido, de nuestra

raza, y el atractivo de la vida cristiana. Ilumináronse sus ojos cuando mi madre manifestó deseo de que yo diese a las muchachas lecciones de gramática y geografía, materias en que no tenían sino escasas nociones. Convínose en que daríamos principio a las lecciones pasados seis u ocho días, durante los cuales podría yo graduar el estado de los conocimientos de cada una.

Horas después me avisaron que el baño estaba preparado, y fui a él. Un frondoso corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellón sobre el ancho estanque de canteras bruñidas: sobrenadaban en el agua muchas rosas; era un baño oriental y estaba perfumado con las flores que en la mañana había recogido María.

¶

Habían pasado tres días cuando me convidó mi padre a visitar sus haciendas del valle, y fué preciso complacerle; por otra parte, yo tenía interés real a favor de sus empresas. Mi madre se empeñó vivamente por nuestro pronto regreso. Mis hermanas se entristecieron. María no me suplicó como ellas que regresase en la misma semana; pero me seguía incesantemente con los ojos durante mis preparativos de viaje. En mi ausencia, mi padre había mejorado sus propiedades notablemente: una costosa y bella fábrica de azúcar, muchas fanegadas de caña para abastecerla, extensas dehesas con ganado vacuno y caballar, buenos cebaderos y una lujosa casa de habitación, constituían lo más notable de sus haciendas de «tierra caliente». Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos, afectuosos para con su amo. Hallé hombres que, niños tiempo antes, me habían enseñado a poner trampas a las chilacoas y guatines en la espesura de los bosques; sus padres y ellos volvieron a verme con inequívocas

señales de placer. Solamente a Pedro, el buen amigo y fiel ayo no debía encontrar; él había derramado lágrimas al colocarme sobre el caballo el día de mi partida para Bogotá, diciendo: «Amiguito mío, yo no te veré más». El corazón le avisaba que moriría antes de mi regreso.

Pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas y acariciaba a los niños. Una tarde, ya a puesta de sol, regresábamos de las labranzas a la fábrica, mi padre, Higinio (mayordomo) y yo. Ellos hablaban de trabajos hechos y por hacer; a mí me ocupaban cosas más serias; pensaba en los días de mi infancia. El olor peculiar de los bosques recién derribados y el de las piñuelas en sazón: la greguería de los loros en los guadales y guayabales vecinos; el tañido lejano del cuerno de algún pastor, repetido por los montes; las castrueres de los esclavos que volvían espaciosa-mente de las labores con las herramientas al hombro; los arreboles vistos al través de los cañaverales movedizos, todo me recordaba las tardes en que abusando mis hermanas, María y yo de alguna licencia de mi madre, obtenida a fuerza de tenacidad, nos solazábamos recogiendo guayabas de nuestros árboles predilectos, sacando «nidos» de piñuelas, muchas veces con grave lesión de brazos y manos, y espiondo nidos de pericos en las cercas de los corrales.

Al encontrarme con un grupo de esclavos, dijo mi padre a un joven negro de notable apostura:

—¿Conque, Bruno, todo lo de tu matrimonio está arreglado para pasado mañana?

—Sí, mi amo—le respondió quitándose el sombrero de junco y apoyándose en el mango de su pala.

—¿Quiénes son los padrinos?

—Na Dolores y nor Anselmo, si su merced quiere.

—Bueno, Remigia y tú estaréis bien confesados. ¿Compraste todo lo que necesitáis para ella y para ti con el dinero que mandé darte?

—Todo está ya, mi amo.

—¿Y nada más deseas?

—Su merced verá.

—¿El cuarto que te ha señalado Higinio es bueno?

—Sí, mi amo.

—¡Ah! Ya sé. Lo que quieres es baile.

Rióse entonces Bruno, mostrando sus dientes de blancura deslumbrante, volviendo a mirar a sus compañeros.

—Justo es; te portas muy bien. Ya sabes—agregó dirigiéndose a Higinio:—arregla todo eso, y que queden contentos.

—No—le respondió yo,—nos damos por convidados.

En la madrugada del sábado próximo pasado se casaron Bruno y Remigia. Esta noche, a las siete, montamos mi padre y yo para ir al baile, cuya música empezábamos a oír. Cuando llegamos, Julián, esclavo capitán de la cuadrilla, salió a tomarnos el estribo y a recibir nuestros caballos. Estaba lujoso con su vestido de domingo y le pendía de la cintura el largo machete de guarnición plateada, insignia de su empleo. Una sala de nuestra antigua casa de habitación había sido desocupada de los enseres de labor que contenía, para hacer el baile en ella. Habíanla rodeado de tarimas: en una araña de madera suspendida en una de las vigas, daban vueltas media docena de luces: los músicos y cantores, mezcla de agregados, esclavos y manumisos (1), ocupaban una de las puertas. No había sino dos flautas de caña, un tambor improvisado, dos «alfandóques» y una pandereta; pero las finas voces de los negritos entonaban los bambucos con maestría tal, había en sus cantos tan sentida combinación de melancólicos, alegres, ligeros acordes, los versos que cantaban eran tan tiernamente sencillos, que el más culto aficionado hubiera escuchado con éxtasis aquella música semisalvaje. Pe-

(1) Los hijos de esclavos, pero nacidos libres por la ley boliviana.

netramos en la sala con zamarros y sombreros. De los bailarines eran en este momento Remigia y Bruno: ella con follado de boleros azules, tomaballo de flores lacres, camisa blanca bordada de negro y gargantilla y zarcillos de cristal color rubí, danzaba con toda la gentileza y donaire que eran de esperar de su talle cimbrador. Bruno, doblados sobre los hombros los paños de su ruana de hilo, calzón de vistosa manta y camisa blanca aplanchada, y un «cabiblanco» nuevo a la cintura, zapateaba con destreza admirable.

Pasada aquella mano, que así llaman los campesinos cada pieza de baile, tocaron los músicos su más hermoso bambuco, porque Julián les anunció que era para el amo. Remigia, animada por su marido y por el capitán, se resolvió al fin a bailar unos momentos con mi padre, pero entonces no se atrevía a levantar los ojos y sus movimientos en la danza eran menos espontáneos. Al cabo de una hora nos retiramos.

Quedó mi padre satisfecho de mi atención durante la visita que hicimos a las haciendas; mas cuando le dije que en adelante deseaba participar de sus fatigas quedándome a su lado, me manifestó casi con pesar, que se veía en el caso de sacrificar su bienestar a favor mío, cumpliéndome la promesa que me tenía hecha de tiempo atrás, de enviarme a Europa a concluir mis estudios de medicina, y que debía emprender el viaje, a más tardar, dentro de cuatro meses. Al hablarme así, su fisonomía se revistió de una seriedad solemne sin afección, que se notaba en él cuando tomaba resoluciones irrevocables. Esto pasaba la tarde en que regresábamos a la sierra. Empezaba a anochecer, que, a no haber sido así, habría notado la emoción que su negativa me causaba. El resto del camino se hizo sin que anudásemos la conversación. ¡Cuán feliz hubiera yo vuelto a ver a María, si la noticia no se hubiese interpuesto desde aquel momento entre mis esperanzas y ella!

VI

¿Qué había pasado en aquellos cuatro días en el alma de María? Iba ella a colocar una lámpara en una de las mesas del salón, cuando me acerqué a saludarla; ya había yo extrañado no verla en medio del grupo de la escalera donde acabábamos de desmontarnos. El temblor de su mano expuso la lámpara, y yo la presté mi ayuda, me nos tranquilo de lo que creía estarlo. Parecióme ligeramente pálida, y alrededor de sus ojos había una leve sombra, imperceptible para quien la hubiese visto sin mirarla. Volvió el rostro hacia mi madre, que hablaba en este momento, evitando así que yo pudiera examinarlo bañado por la luz que teníamos cerca: noté entonces que en el nacimiento de una de las trenzas tenía un clavel marchito; y era sin duda el que había yo dado la víspera de mi marcha para el Valle. La crucicilla de coral esmaltada que había traído para ella, igual a la de mis hermanas, la llevaba al cuello pendiente de un cordón de pelo negro. Estuvo silenciosa, sentada en medio de las butacas que ocupábamos mi madre y yo. Como la resolución de mi padre sobre el viaje no se apartaba de mi memoria, debí parecerle a ella triste, pues me dijo en voz casi baja:

—¿Te ha hecho daño el viaje?

—No, María—le contesté;—pero nos hemos asoleado y hemos andado tanto...

Iba a decirle algo más, pero el acento confidencial de su voz, la luz nueva para mí que sorprendí en sus ojos, me impidieron hacer otra cosa que mirarla, hasta que notando que se avergonzaba de la involuntaria fijeza de mis miradas, y encontrándome examinado por mi padre (más terribles cuando una pasajera sonrisa plegaba sus labios poéticos), salí del salón con dirección a mi cuarto. Allí estaban las flores recogidas por

ella para mí: las ajé con mis besos; quise aspirar de una vez todos sus aromas, buscando en ellos los de los vestidos de María; bañélas con mis lágrimas... ¡Ah! los que no habéis llorado de felicidad así, llorad de desesperación, si ha pasado vuestra adolescencia, porque así tampoco volveréis a amar ya!

¡Primer amor!... Noble orgullo de sentirse amado; sacrificio dulce de todo lo que antes nos era caro a favor de la mujer querida: felicidad que comprada para un día con las lágrimas de toda una existencia, recibiríamos como un don de Dios: perfume para todas las horas del porvenir, flor guardada en la sierra y que no es dado marchitar a los desengaños; único tesoro que no puede arrebatar nos la envidia de los hombres, delirio delicioso... inspiración del cielo... ¡María! ¡María! ¡Cuánto te amé! ¡Cuánto te amara!

VII

Cuando hizo mi padre su último viaje a las Antillas, Salomón, primo suyo a quien mucho había amado desde la niñez, acababa de perder su esposa. Muy jóvenes habían venido juntos a Sud América; y en uno de sus viajes se enamoró mi padre de la hija de un español, intrépido capitán de navío, que después de haber dejado el servicio por algunos años, se vió forzado, en 1819, a tomar nuevamente las armas en defensa de los reyes de España, y que murió fusilado en Majagual, el 20 de mayo de 1820.

La madre de la joven que mi padre amaba, exigió por condición para dársela por esposa que renunciase él a la religión judaica. Mi padre se hizo cristiano a los veinte años de edad. Su primo se aficionó en aquellos días a la religión católica, sin ceder por eso a sus instancias para que también se hiciese bautizar, pues sabía que

María.—2

lo que, hecho por mi padre le daba la esposa que deseaba, a él le impediría ser aceptado por la mujer a quien amaba en Jamaica.

Después de algunos años de separación volvieron a verse, pues, los dos amigos. Ya era viudo Salomón. Sara, su esposa, le había dejado una niña que tenía a la sazón tres años. Mi padre le encontró desfigurado moral y físicamente por el dolor, y entonces su nueva religión le dió consuelos para su primo, consuelos que en vano habían buscado las parientes para salvarle. Instó a Salomón para que le diera su hija a fin de educarla a nuestro lado; y se atrevió a proponerle que la haría cristiana. Salomón aceptó, diciéndole: «Es verdad que solamente mi hija me ha impedido emprender un viaje a la India, que mejoraría mi espíritu y remediaría mi pobreza, también ha sido ella mi único consuelo después de la muerte de Sara; pero tú lo quieres, sea hija tuya. Las cristianas son dulces y buenas, y tu esposa debe ser una santa madre. Si el cristianismo da en las desgracias supremas el alivio que tú me has dado, tal vez yo haría desdichada a mi hija dejándola judía. No lo digas a nuestros parientes; pero cuando llegues a la primera costa donde se halle un sacerdote católico, hazla bautizar y que le cambien el nombre de Ester con el de María.» Esto decía el infeliz derramando muchas lágrimas.

A pocos días se daba a la vela en Pahia de Mantego la goleta que debía conducir a mi padre a las costas de Nueva Granada. La ligera nave ensayaba sus blancas alas, como una garza de nuestros buques las suyas antes de emprender un largo vuelo. Salomón entró en la habitación de mi padre, que acababa de arreglar su traje de a bordo, llevando a Ester sentada en uno de sus brazos y pendiente del otro un cofre que contenía el equipaje de la niña: ésta tendió los bracitos a su tío, y Salomón, poniéndola en los de su amigo, cayó sollozando sobre el pequeño baúl. Aquella criatura, cuya cabeza preciosa acababa

de bañar con una lluvia de lágrimas el bautismo del dolor antes que el de la religión de Jesús, era un tesoro sagrado; mi padre lo sabía bien y no lo olvidó jamás.

A Salomón le fué recordada por su amigo, al saltar éste a la lancha que iba a separarlos, una promesa y él respondió con voz ahogada: «Las oraciones de mi hija por mí y las mías por ella y su madre, subirán juntas a los pies del Crucificado!»

Contaba yo siete años cuando regresó mi padre y desdeñé los juguetes preciosos que me traía de su viaje, por admirar aquella niña tan bella, tan dulce y sonriente. Mi madre la cubrió de caricias y mis hermanas la agasajaron con ternura, desde el momento en que mi padre, poniéndola en el regazo de su esposa, la dijo: «Esta es la hija de Salomón, que él te envía». Durante nuestros juegos infantiles fué cuando sus labios empezaron a modular acentos castellanos, tan armoniosos y seductores en una linda boca de mujer y en la risueña de un niño.

Habían transcurrido unos cuatro años. Al entrar yo una tarde al cuarto de mi padre, le oí sollozar: tenía los brazos cruzados sobre la mesa y en ellos apoyaba la frente; cerca de él mi madre y en sus rodillas reclinaba María la cabeza, sin comprender ese dolor y casi indiferente a los lamentos de su tío: era que una carta de Kingston, recibida aquel día, daba la nueva de la muerte de Salomón. Recuerdo solamente una expresión de mi padre en aquella tarde: «Si todos me van abandonando, sin que pueda recibir sus últimos adioses, ¿a qué volveré yo a mi país?» ¡Ay! sus cenizas debían descansar en tierra extraña, sin que los vientos del Océano, en cuyas playas retozó siendo niño, cuya inmensidad cruzó joven y ardiente, vengán a barrer sobre la losa de su sepulcro las flores secas de los aromos y el polvo de los años! Pocos eran entonces los que conociendo nuestra familia, pudiesen sospechar que María no era hija de mis padres. Hablaba bien nueva-

tro idioma, era amable, viva e inteligente. Cuando mi madre le acariciaba la cabeza, al mismo tiempo que a mis hermanas y a mí, ninguno hubiera podido adivinar cuál era allí la huérfana.

Tenía siete años. La cabellera abundante, todavía de color castaño oscuro, jugueteando sobre su cintura fina y movable; los ojos parleros; el acento con algo de melancólico que no tenían nuestras voces; tal era la imagen que de ella llevé cuando partí de la casa paterna; así estaba en la mañana de aquel triste día, bajo las enredaderas de las ventanas de mi madre.

VIII

A prima noche llegó Emma a mi puerta para que fuera a la mesa. Me bañé el rostro para ocultar las huellas de mis lágrimas, y me mudé los vestidos para disculpar mi tardanza. No estaba María en el comedor, y en vano imaginé que sus ocupaciones la habían hecho demorarse más de lo acostumbrado. Notando mi padre un asiento desocupado, preguntó por ella, y Emma la disculpó diciendo que desde esta tarde había tenido dolor de cabeza y que dormía ya. Procuré no mostrarme impresionado; y haciendo esfuerzos para que la conversación fuera amena, hablé con entusiasmo de todas las mejoras que había encontrado en las fincas que acabábamos de visitar. Pero todo fué inútil: mi padre estaba más fatigado que yo, y se retiró temprano; Emma y mi madre se levantaron para ir a acostar los niños y ver cómo estaba María, lo cual les agradecí, sin que me sorprendiera ya en mí ese mismo sentimiento de gratitud. Aunque Emma volvió al comedor, la sobremesa no duró largo tiempo. Felipe y Eloísa, que se habían empeñado en que tomara parte en su juego de naipes, acusaron de soñolientos mis ojos. Aquél había solicitado inútilmente de mi madre permiso para acom-

pañarme el día siguiente a la montaña, por lo cual se retiró descontento.

Meditando en mi cuarto, creí adivinar la causa del sufrimiento de María. Recordé la manera cómo yo había salido del salón después de mi llegada y cómo la impresión que me hizo la voz confidencial de ella fué motivo de que lo contestara con todo el desacierto producido por una emoción reprimida. Convencido ya del origen de su pena, habría dado mil vidas por obtener un perdón suyo; pero la duda vino a agravar la turbación de mi espíritu. Dudé del amor de María. ¿Por qué, pensaba yo, se esfuerza mi corazón en creerla sometida a este mismo martirio? Consideréme indigno de poseer tanta belleza, tanta inocencia.

Echéme en cara ese orgullo que me había ofuscado hasta el punto de creermme ser el objeto de su amor, siendo solamente merecedor de su cariño de hermana. En mi locura pensé con menos terror; no, con placer casi, en mi próximo viaje.

IX

Levantéme al día siguiente cuando amanecía. Los resplandores que delineaban hacia el Oriente las cúspides de la cordillera central, doraban en semicírculos sobre ella algunas nubes ligeras que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y bosques frondosos del valle se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellos algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos, semejava manos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por nieblas. Al frente de mi ventana, los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las prime-

ras brisas que vendrían a derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste. Tomé la escopeta; hice una señal al cariñoso Mayo, que sentado sobre las piernas traseras, me miraba fijamente, arrugada la frente por la excesiva atención, aguardando la primera orden; y saltando el vallado de piedra, cogí el camino de la montaña. Al internarme, la hallé fresca y temblorosa, bajo las caricias de las últimas auras de la noche. Las garzas abandonaban sus dormitorios, formulando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantan de los guadales para dirigirse a los maizales vecinos; y el diostedé saludaba el día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra.

Bajé a la vega montuosa del río por el mismo sendero por donde lo había hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal iba aumentando, y poco después descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervideras en ellos; cristalinas y tersas en los remansos, rodando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros color de púrpura.

Detivéme en la mitad del puente, formado por el huracán con un cedro corpulento, el mismo por donde había pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus ramas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis pies a mecerse en las ondas. Una vegetación exuberante y altiva abovedaba a trechos el río, al través de la cual penetraban algunos rayos del sol naciente, como por la techumbre rota de un templo indiano abandonado. Mayo aulló cobarde en la ribera que yo acababa de dejar, e instado por mí, se resolvió a pasar por el puente fantástico, tomando en seguida, antes que yo, el sendero que conducía a la posesión del

viejo José, quien esperaba en mí aquel día el pago de su visita bienvenida.

Después de una pequeña cuesta pendiente y obscura y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derribos del montañés, me hallé en la placeta sembrada de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño y color, bramaban a la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina; en las palmeras cercanas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan grata algarabía se oía a las veces el grito agudo del pajarero que, desde su barbacoa y armado de honda, espantaba las guayacamas hambrientas que revoloteaban sobre el maizal.

Los perros del antioqueño le dieron con sus ladridos parte de mi llegada. Mayo, temeroso de ellos, se me acercó mohino. José salió a recibirme, el hacha en una mano y el sombrero en la otra. La pequeña vivienda denunciaba laboriosidad, economía y limpieza; todo era rústico, pero cómodamente dispuesto y cada cosa en su lugar. La sala de la casita, perfectamente barrida, poyos de guadua alrededor cubiertos de esteras de junco y pieles de oso, algunas láminas de papel iluminado representando santos y prendidas con espinas de naranjos a las paredes sin blanquear, tenía a derecha e izquierda la alcoba de la mujer de José y de las muchachas.

La cocina, formada de caña menuda y con el techo de hojas de la misma planta, estaba separada de la casa por un huertecillo donde el perejil, la manzanilla, el poleo y las albahacas mezclaban sus aromas.

Las mujeres parecían vestidas con más esmero que de ordinario. Las muchachas, Lucía y Tránsito, llevaban enaguas de zaraza morada y ca-

misas muy blancas con «golas» de encaje, ribeteadas de trencilla negra, bajo las cuales escondían parte de sus rosarios y gargantillas de bombillas de vidrio con color de ópalo. Las trenzas de sus cabellos, gruesas y de color de azabache, les jugaban sobre sus espaldas, al más leve movimiento de los pies desnudos, cuidados y ligeros. Me hablaban con suma timidez, y fué su padre quien, notando eso, las animó diciéndolas: «Acaso no es el mismo niño Efrain, porque venga del colegio sabido y ya mozo?» Entonces se hicieron más joviales y risueñas: nos enlazaban amistosamente los recuerdos de los juegos infantiles, poderosos en la imaginación de los poetas y de las mujeres. Con la vejez, la fisonomía de José había ganado mucho: aunque no se dejaba la barba, su faz tenía algo de bíblico, como casi todas las de los ancianos de buenas costumbres del país donde nació: una cabellera cana y abundante le sombreaba la tostada y ancha frente, y sus sonrisas revelaban tranquilidad del alma. Luisa, su mujer, más feliz que él en la lucha con los años, conservaba en el vestir algo de la manera antioqueña, y su jovialidad y alegría dejaban comprender siempre que estaba contenta con su suerte.

José me condujo al río y me habló de sus siembras y cacerías, mientras yo me sumergía en el remanso diáfano desde el cual se lanzaban las aguas formando una pequeña cascada. A nuestro regreso encontramos servido en la única mesa de la casa el provocativo almuerzo. Campeaba el maíz por todas partes, en la sopa de mote, servida en platos de loza vidriada y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel. El único cubierto del menaje estaba cruzado sobre mi plato blanco y orillado de azul.

Mayo se sentó a mis pies con mirada atenta, pero más humilde que de costumbre. José recordaba una atarraya, mientras sus hijas, listas, pero vergonzosas, me servían llenas de cuidado, tratando de adivinarme en los ojos lo que podía faltarme. Mucho se habían embellecido, y de ni-

ñas loquillas que eran, se habían hecho mujeres juiciosas.

Apurado el vaso de espesa y espumosa leche, postre de aquel almuerzo patriarcal, José y yo salimos a recorrer el huerto y la roza (1) que estaba cogiendo. El quedó admirado de mis conocimientos teóricos sobre las siembras, y volvimos a la casa una hora después para despedirme yo de las muchachas y de la madre. Púsele al buen viejo en la cintura el cuchillo de monte que le había traído del «reino» (2), al cuello de Tránsito y Lucía bonitos rosarios, y en manos de Luisa un relicario que ella había encargado a mi madre. Tomé la vuelta de la montaña cuando era medio día por fin, según el examen que del sol hizo José.



A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse a mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas. ¿Por qué me hablan de ella? ¿Qué había allí de María en las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río?... Era que veía el Edén, pero faltaba ella: era que no podía dejar de amarla, aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres que las hijas de José habían formado para mí, pensando yo que acaso merecían ser tocadas por los labios de María, así se habían debilitado en tan pocas horas mis propósitos heroicos de la noche.

Apenas llegué a casa, me dirigí al costurero de mi madre: María, después de contestarme al saludo, bajó los ojos sobre la costura. Mi madre se

(1) Llámase así en el país al lugar que se roza, la plantación que en él se hace, y la cosecha.

(2) Cundinamarca.